

CAPITULO II.

Prosigue la historia de D. Rafael.

Salí de Mérida con mi camarada, y tomamos el camino de Truxillo, con el consuelo de haber ganado cien doblones en esta aventura. Transitamos por una Aldea resueltos á ir á hacer noche mas adelante. Vimos en ella un meson de bellísima apariencia. El mesonero y la mesonera estaban á la puerta sentados en dos bancos de piedra. El mesonero, hombre alto, seco, y ya entrado en días, estaba rascando una guitarra para divertir á su muger, que mostraba oírle con gusto. Quando vió que no nos apeábamos en su casa, señores, nos gritó, aconsejo á Vmrs. que hagan alto en esta posada. Va ya á caer la noche, hay tres leguas mortales al primer lugar, y no lo pasarán tambien como aquí. Creanme, echen pie á tierra, que serán bien tratados y les costará poco dinero. Dexámonos persuadir: acercámonos mas al mesonero y á la mesonera; saludámoslos, y habiéndonos sentado junto á ellos, comenzamos á hablar de cosas indiferentes. El mesonero decia que era oficial de la Santa Hermandad, y la mesonera tenia traza de ser una buena pieza, que sabia vender bien sus agugetas.

In-

Interrumpióse nuestra conversacion con el arribo de doce ó quince hombres, montados unos en caballos y otros en mulas, seguidos como hasta de unos treinta machos de carga. ¡O cuántos huespedes! exclamó el mesonero: ¿dónde podré yo alojar á tanta gente? En un instante se vió la Aldea llena de hombres y de bestias. Habia por fortuna una granja cerca del meson: en ella se acomodaron los machos y las cargas, y las mulas y los caballos se repartieron en varias caballerizas del meson y del lugar. Los hombres pensaron menos dónde habian de dormir que en lo que habian de cenar. Ordenaron que se les dispusiese una abundante cena. Ocupáronse en disponerla el mesonero, la mesonera y una criada. Declararon la guerra á las gallinas, pollos, pichones y demas aves del corral. Hicieron una olla española, émula de aquella arca donde se refugiaron contra el diluvio todos los animales. Con esto, con diferentes ensaladas y con variedad de frutas, hubo para todo el equipage, y sobró mucho para que les cupiese su parte al mesonero y mesonera con toda su familia.

Morales y yo mirabamos de quando en quando á aquellos caballeros, los quales tambien nos miraban á nosotros. En fin, travamos conversacion, y les diximos que si lo tenian á bien cenariamos todos juntos. Respondiéronnos cortesanamente que tendrian en ello particular gusto. Entre ellos habia uno que parecia mandaba á los demas, y aunque éstos le trata-

ban

ban con bastante familiaridad, sin embargo se conocia que le miraban con algun respeto. Lo cierto es que ocupaba siempre el lugar mas distinguido, que hablaba alto, que en la ocasion contradecia á los otros sin ceremonia, y que ninguno se atrevia á contradecirle á él, antes bien todos se conformaban con lo que decia. No sé con que casualidad cayó la conversacion sobre Sevilla, y como Morales comenzase á elogiarla mucho, el hombre de quien voy hablando le dixo: caballero, Vmd. hace mucho favor á la ciudad donde yo nací, ó á lo menos muy cerca de ella, porque mi madre me dió á luz en Mairena. En el mismo me parió la mia, respondió Morales muy alegre, y no es posible que yo dexé de conocer á los parientes de Vmd. Sírvase decirme quien fue su señor padre. Un honrado Notario, respondió el caballero, llamado Martin Morales. ¡A fé que es singular la aventura! exclamó todo transportado mi compañero. Segun eso sois mi hermano mayor Manuel Morales. Justamente, respondió el otro, y por consiguiente tú eres mi hermanico menor Luis, á quien yo dexé en la cuna quando salí de la casa paterna. Ese es mi nombre, replicó mi camarada. Al decir esto se levantaron los dos de la mesa y se dieron mil abrazos. Volviéndose despues el señor Manuel á todos los que estabamos presentes; señores, dixo: verdaderamente que es muy extraño, y tiene algo de maravilloso este suceso. La casualidad ha dispuesto que quando yo menos lo pen-

pensaba me haya encontrado con mi hermano, á quien há mas de veinte años que no habia visto. Dadme licencia para que os le presente. Entonces todos los caballeros que por respeto estaban en pie, saludaron al hermano menor, y por poco no le sufocaron á abrazos y á cortesias. Sosegado este primer turbion nos volvimos á la mesa, y en ella estuvimos toda la noche. Los dos hermanos se sentaron uno junto al otro, y todo el tiempo que duró la cena, estuvieron cuchucheando al oído, hablando sin duda sobre las cosas de su familia; mientras los demas comiamos, bebiamos y nos alegrabamos.

Tuvo Luis una larga conversacion con su hermano Manuel, y concluida me llamó á parte, y me dixo: toda esta gente es de la familia del Conde Montañós, á quien el Rey acaba de nombrar por general de Mallorca. Conducen el equipage de su amo á Alicante, donde se ha de embarcar para su destino. Mi hermano es el Mayordomo de su Excelencia, y me propuso si me queria ir en su compañía: yo le respondí que no podia dexar la tuya; á que me replicó que si tú querias venir con nosotros te facilitaria un buen empleo. Caro amigo, no dexemos escapar esta ocasion, y abracemos los dos tan buen partido. Vamos á Mallorca: si lo pasamos bien nos estableceremos allí; y si no nos tuviere cuenta nos volveremos á España.

Admití con gusto la proposicion. Incorporo

ramonos entrambos con la familia del Conde, y partimos del meson antes del amanecer del dia siguiente. Pusímonos en camino para Alicante caminando á largas jornadas. Luego que llegamos compré una guitarra, y me hize hacer un vestido decente. Todo mi pensar era en la Isla de Mallorca, y lo mismo sucedia á mi camarada Morales. Parecia que ambos de acuerdo habiamos ya renunciado para siempre á la vitabona. Es preciso decir la verdad. Uno y otro queriamos acreditarnos de hombres de bien entre aquellos caballeros, y este respeto nos contenia. En fin, nos embarcamos alegremente, lisonjeándonos de llegar presto á Mallorca; pero no bien habiamos salido del Golfo de Alicante, quando nos acogió una furiosa borrasca. Qué buena ocasion era esta para hacer ahora una bella descripcion de la tempestad, pintando el ayre todo en fuego, fulminando rayos, y haciendo tronar las nubes, silvar los vientos, elevarse las ondas, &c. pero arrimando á un lado todas las flores retóricas os diré sencillamente que fue muy violenta la tempestad, que nos obligó á ancorar en la Cabrera, que es una Isla desierta, defendida con un fortin, cuya guarnicion consistia entonces en cinco ó seis soldados y un oficial, los quales nos recibieron con mucha humanidad y agasajo.

Como nos veiamos precisados á detenernos allí muchos dias para acomodar nuestro velamen procuramos pasar el tiempo en diferentes diversiones, segun el genio de cada uno. Es-

tos

tos jugaban á los naypes, aquellos á la pelota, &c. yo me iba á pasear por la Isla con otros compañeros amantes del paseo. Saltábamos de peñasco en peñasco, porque el terreno es desigual y tan pedregoso que apenas se descubria un palmo de tierra. Un dia, que considerando aquellos lugares áridos y secos, estabamos admirando los caprichos de la naturaleza, que es fecunda ó estéril donde la da la gana, sentimos todos de repente un gratísimo olor que nos dexó sorprendidos. Aun lo quedamos mucho mas quando volviéndonos hácia el Oriente, de donde venia aquella fragancia, vímos un campo todo cubierto de madre selva, mas hermosa y odorífera aun que la de Andalucia. Acercámonos gustosos hácia aquellos bellísimos arbustos que perfumaban el ayre circunvecino, y hallamos que bordaban la entrada de una profunda caverna. Era ésta ancha y un poco sombría: baxamos á la cueva por una escalera ó caracol de piedra, adornada de flores que primorosamente guarnecian sus lados. Quando llegamos abaxo vimos serpentear sobre un fondo de arena mas roxa que el oro varios arroyuelos formados de las gotas que destilaban continuamente los peñascos, y se perdian en la misma arena. Pareciónos el agua tan clara y tan cristalina que nos dió gana de beberla, y la hallamos tan fresca y delgada que resolvimos volver á hacerla otra visita el dia siguiente, trayendo con nosotros algunas botellas de vino, persuadidos á que tambien lo beberiamos

AA 2

con

con gusto en aquel delicioso y como encantado sitio.

Dexámosle con dolor, y quando nos restituímos al fuerte no quisimos negar á nuestros camaradas la noticia de tan feliz descubrimiento; pero el Comandante del fuerte nos dixo que como amigo nos advertia que por ningun caso volviésemos á la cueva de que habiamos quedado tan enamorados. ¿Y eso por qué? le pregunté yo. ¿Hay por ventura algo que temer? Y mucho me respondió. Los Corsarios de Argel y de Trípoli vienen algunas veces á esta Isla, y hacen aguada en este parage. Uno de estos dias sorprendieron en él á dos soldados, y los llevaron esclavos. Por mas seriedad con que nos lo decia el oficial no lo quisimos creer. Parecianos que se zumbaba, y el dia siguiente volví yo á la caverna con tres caballeros del equipage, y de propósito no quisimos llevar armas de fuego para mostrar que no teniamos el mas mínimo temor. Morales no quiso venir con nosotros, y se quedó jugando con su hermano y otros del castillo.

Baxamos al fondo de la cueva como el dia anterior, y pusimos á refrescar las botellas de vino en uno de los arroyuelos. A lo mejor que estabamos bebiendo, tocando la guitarra, y divirtiéndonos con mucha algazara y alegría, vimos en la boca de la caberna muchos hombres con mostachos, turbantés, y vestidos á la Turca. Al principio creimos que eran algunos del equipage, que juntamente con el Comandante

se

se habian disfrazado para chasquearnos. Preocupados de este pensamiento nos echamos á reir, y dexamos baxar hasta diez de ellos sin pensar en defendernos. Presto quedamos tristemente desengañados, viendo ser un pirata que venia á echarse sobre nosotros. *Rendios, perros*, nos dixo en lengua castellana, *ó aquí morireis todos*. Al mismo tiempo nos pusieron al pecho las carabinas los que venian con él, y á la menor resistencia las hubieran descargado. Preferimos la esclavitud á la muerte. Entregamos nuestras espadas á los Moros. Cargáronnos de cadenas, llevaronnos á su navio, que no estaba muy distante, levantaron anclas, pusieronse á la vela y zinglaron hácia Argel.

Así pagamos el poco aprecio que hicimos del aviso y consejo del Comandante del fuerte. La primera cosa que hizo el Corsario fue registrarnos hasta la camisa, y quitarnos todo el dinero que llevabamos. ¡Gran golpe de mano para él! Los doscientos doblones del mercader de Plasencia, los ciento que Gerónimo de Mojadas habia dado á Morales, que por casualidad y por desgracia llevaba yo conmigo, todos mudaron de dueño, pasando á manos del Corsario, que todo me lo arrebañó sin misericordia. Los bolsillos de mis camaradas tampoco estaban mal proveidos: en suma, el golpe bastaba para hacer rico á un raterillo. El pirata estaba muy contento; y el grandísimo verdugo, no bastándole haberse apoderado de todo nuestro dinero, comenzó á insultarnos con in-

sul-

salsas bufonadas, las quales no eran menos sensibles que la dura necesidad de sufrirlas. Después de mil impertinentes truhanadas echó mano de las botellas que habíamos puesto á refrescar, y las agotó todas ayudándole sus gentes, y repitiendo á nuestra salud muchos brindis por mofa é irrisión.

Durante este enfadoso rato, mis camaradas mostraban un exterior que hacía muy visible lo que interiormente pasaba por ellos. Se les hacía tanto mas doloroso el cautiverio quanto mas alegre era la idea con que se habían lisonjeado de pasar buena vida en Mallorca. Por lo que á mí toca tuve valor para tomar desde luego mi partido. Méenos consternado que los otros trabé conversacion con nuestro capitán mofador. Ayudéle yo mismo á llevar adelante la zumba, cosa que le cayó muy en gracia. Oyes, mozo, me dixo, me gusta tu buen humor y tu genio. Si bien se considera, en vez de gemir y suspirar es mejor armarse de paciencia, y acomodarse con el tiempo. Tócanos un buen son añadió viendo que tenia junto á mí una guitarra: quiero ver hasta donde llega tu habilidad. Mandó que me desatasen los brazos: y al punto comencé á tocar, regalándoles con un fandango, que celebraron con grande aplauso, no haciendo menos honor á mi voz que á mi guitarra. Habíame enseñado á tocarla el mejor maestro de Madrid, y con efecto no manejo mal este instrumento. Todos los Turcos que estaban en el navio mostraron con gestos

y

y ademanes de admiracion el gusto con que me oían, por lo que conocí que en punto de música no le tenían muy delicado. El pirata se arrimó á mí, y me dixo al oído que sería un esclavo afortunado, y que podía estar seguro de que mis talentos me harian muy llevadera la esclavitud.

CAPITULO III.

Va adelante la misma historia.

Algo me consolaron estas palabras. Sin embargo no dexaba de inquietarme un poco el pensamiento sobre el empleo que me tocaría, y que el pirata me habia pronosticado en general y en confuso. Quando nos acercamos al puerto de Argel vimos una multitud de personas que habian acudido á la playa á recibirnos. Luego que saltamos en tierra hicieron resonar el ayre con mil gritos de alegría y alborozo. Acompañaba á estos el confuso rumor de las trompetas, flautas moriscas, y otros instrumentos de que se sirve aquella gente, y forman un estruendo desentonado, mas que un apacible sonido. Era la causa de aquella extraordinaria algazara una falsa voz que se habia esparcido en la ciudad. Habia corrido por ella que el renegado Mahometo habia muerto combatiendo con un grueso

na-